

le dan la guardia, y gasta y destroza un caballo y un sombrero pasando y repasando entre sus filas;—y no cuidando tampoco del clásico espectáculo que ofrece en el palacio del Luxemburgo la cámara de los Pares, ni del vital y romancesco de la de Diputados en el palacio Borbon;—no tomando en cuenta las aristocráticas escenas, más ó ménos públicas, de los salones del cuartel San German, las financieras de la *Chausée d'Antin*, ni las populares y plebeyas de las calles de San Dionisio y San Martin, en que todos los actores despliegan una singular habilidad escénica, una *vis cómica* y aparato teatral que ofrecen *gratis*, por su dinero, al peregrino espectador;—limitándome, en fin, por ahora á los *teatros* y escenas propiamente tales, con sus decoraciones de carton y sus trajes de oropel; á los actores fingidos que representan delante de actores verdaderos; á las farsas del genio que lucen su habilidad delante del genio de la farsa, y se encargan de divertir al pueblo más ávido de diversiones que existe en el mundo, haré una rápida reseña de ellos con la misma conciencia y brevedad con que he tratado de los establecimientos de otras clases.

Pasan de treinta los espectáculos públicos que alimentan diariamente la insaciable curiosidad de los parisienses; y ayudados unos con las crecidas subvenciones del Gobierno, y fiados otros exclusivamente en la constancia de sus parroquianos, sostienen entre sí una magnífica lucha, que da por resultado el rápido vuelo del ingenio, la superioridad incontestable que en este punto tiene París sobre todas las capitales de Europa.—Asombraría verdaderamente á mis lectores si trasladase aquí el simple resúmen del número infinito de individuos empleados allí en esta profesion y sus dependencias; el cálculo aproximado de los capitales invertidos en ello; el movimiento

intelectual á que da lugar, y sus consecuencias sociales y políticas; pero prescindiendo por ahora de estas consideraciones, que me llevarian muy léjos de mi propósito, descenderé á las breves indicaciones de aquellos espectáculos que dejan el más grato recuerdo en la imaginacion del viajero.

Colóquese en primera línea, y áun fuera de toda comparacion, la *Academia Real de Música*, asombroso espectáculo lírico, que, segun decia *Rousseau*, es, de todas las academias, *la que más ruido hace en el mundo*.—En este teatro, como en todos los demas (aunque con muchísima mayor diferencia), son tres los objetos que dividen justamente la atencion del observador, á saber: el local de la escena, los espectadores, y el espectáculo.—En cuanto al primero, puede asegurarse que aquella sala es una de las más ricas y elegantes que existen en Europa; y aunque en el exterior no ofrezca objeto de particular encomio, el interior es bello, rico, suntuosamente decorado, y de una extension capaz de contener cómodamente sentadas dos mil y cien personas, cuya entrada llena produce unos doce mil francos (cuarenta y ocho mil reales).

La costumbre seguida en este como en la mayor parte de los demas teatros de París es dividir el suelo de la sala en *orquesta* (que son las primeras filas inmediatas á ésta, y cuesta diez francos cada asiento), y *parterre* (que son los asientos de las demas filas, y cuestan cuatro francos cada uno); y las localidades altas en *balcon* ó grada descubierta, que corre delante de los primeros palcos; en tres órdenes de éstos, y otra cuarta, que sirve de galería general, bajo los nombres de *anfiteatro*, *paraíso*, etc.—El balcon y los asientos de orquesta son los sitios privilegiados de la elegante concurrencia; los palcos ó aposentos, cuyos precios varian segun su altura ó situacion de fren-



te ó de costado (porque la forma circular ó elíptica de los teatros franceses establece una notable diferencia en perjuicio de los lados), son por lo regular ocupados por las familias; y en las regiones elevadas, cuyo precio descende en proporción de su altura, así como en los asientos de *parterre*, se colocan los aficionados cuyas módicas fortunas no pueden sufrir concurrencia con los *guantes amarillos* del balcón.

No es sólo lo subido de los precios lo que hace molesta la asistencia á aquellos grandes teatros, sino la dificultad de obtener sitio, y las muchas diligencias que esta misma dificultad exige.—Anúnciase, por ejemplo, una buena función para cualquiera de los días lunes, miércoles ó viernes (únicos en que trabaja este teatro); si al espectador le es indiferente el precio, y si le sobra además tiempo para comprometerse de antemano, puede acudir la víspera ó el mismo día al despacho á retener su asiento, escogiéndole ó designándole en el plano del mismo teatro que está á la vista en la oficina; pero entónces tiene que pagar doce ó quince francos por los asientos de diez, y así á proporción.—Pero si no gusta de prodigar su dinero ó su tiempo, y sólo se acuerda del teatro pocas horas ántes de empezar la representación, preciso le será colocarse modestamente en fila en el pórtico del coliseo, aguardar allí una ó dos horas la apertura del despacho, tomar su billete, *no numerado*, cuando le toque llegar al ventanillo; y si aquél es, por ejemplo, de segundos palcos, subir apresuradamente la escalera para ganar por la mano á los que vienen detras; solicitar luégo humildemente el ser colocado por las nada amables y muy vetustas acomodadoras que guardan las llaves; recibir, por lo regular, de éstas una seca negativa, á pretexto de estar todo lleno; tener que bajar no ménos rápidamente al despacho llamado *de suplementos*, donde pagando el exceso

se le cambiará su billete por otro de superior categoría; acaso recibir nuevas negativas, y repetir otra y otra vez la misma operacion, hasta que, colocado, en fin, en un rincon de un pequeño palco de cuatro asientos, y asesiando oblicuamente su anteojo por entre un enorme gorro de señora y unas fecundas melenas de galan, puede aguardar allí otra hora á que comience la representacion.

Verdad es que para entretenerla tiene el *Entreacto*, el *Vert-vert*, el *Puente Nuevo* y otros varios periódicos literarios, que son en la misma sala vendidos y pregonados en alta voz, ó el programa del espectáculo, ó el libreto de la ópera; ó bien puede dejar sobre su asiento un guante, un pañuelo, en señal de posesion (señal que, en honor de la verdad, debemos decir que es generalmente respetada) y marchar á pasearse, y hacer tiempo en el magnífico salon de descanso (*foyer*), que por la animacion y elegancia de la concurrencia es uno de los sitios más curiosos de París; una verdadera linterna mágica, en donde suelen ostentarse alternativamente todas las notabilidades políticas, literarias y artísticas de todos los países del globo, desde los reyes presentes y pretéritos hasta los genios futuros y en albor.— Para un forastero (suponiendo á su lado un *cicerone* inteligente) es éste uno de los espectáculos más entretenidos y sabrosos; para un parisien *com'il faut*, el *foyer* y el *balcon* de la ópera son el verdadero teatro, la historia contemporánea literaria, política y galante, con cuyo interes pretende en vano competir el del espectáculo artificial, por grandes que sean su primor y magnificencia.

Sonlo, sin embargo, en realidad, y puede asegurarse que la *Academia Real de Música*, por la reunion de los talentos artísticos que en ella se desplagan, por la importancia de la grande ópera y baile pantomímico que constituyen su espectáculo, por el mérito de cantores, bailari-



nes y orquesta, y por el magnífico aparato en decoraciones y comparsas, es el más admirable espectáculo escénico, la más armónica agrupacion de todos los adelantos en el arte teatral.

Con efecto, despues de citar las grandes óperas de un *Rossini*, de un *Meyerbeer*, de un *Aubert*, de un *Donizetti*: *Guillermo Tell* y *Roberto el Diablo*, la *Muda de Pórtici* y la *Favorita*; los magníficos bailes pantomímicos de la *Silfide*, la *Rebellion del Serrallo* y el *Diablo enamorado*; los admirables talentos y físicas dotes aplicadas al canto por el tenor *Duprez*, el bajo *Barrouillet*, madama *Dorus-Gras* y otros infinitos; la singular habilidad, el mágico artificio de las bailarinas *Taglioni*, *Essler* y *Paulina Lerroux*; el talento mímico de los *Elie*, *Mazurier*, etc., etc.; despues de contemplar los preciosísimos cuadros-diorama pintados por *Ciceri*, *Philatre* y *Cambon*, y las numerosísimas comparsas, magníficamente ataviadas con toda la verdad histórica; despues de ver, por ejemplo, los pintorescos lagos y montañas de la Suiza y la animada escena de la conjuracion en la ópera de *Guillermo Tell*; el bullicioso mercado y la admirable bahía de Nápoles en la *Muda de Pórtici*; el claustro iluminado por la luna y la escena de la resurreccion de las monjas, ó el interior de la catedral de Palermo, en el *Roberto el Diablo*; la vista de la ciudad de Colonia en los *Hugonotes*; el alcázar de Sevilla en la *Favorita*; el desfile del cortejo imperial al final del primer acto de la *Judía*; el baño de las odaliscas en los jardines de la Alhambra, en el baile de la *Rebellion del Serrallo*; el baile de máscaras en el *Gustavo III*; el vuelo admirable de las ninfas en la *Silfide*; el mercado de *Ispahan*, y el infierno en el magnífico baile de el *Diablo enamorado* (admirable espectáculo que en el invierno último ha cautivado la atencion de todo París, y formado una gran reputacion de talento mímico á la bai-

larina *Paulina Lerroux*), ¿qué otro espectáculo pudiera ya parecer grandioso? ¿qué nuevos goces exigirían ya los sentidos?

Hay, sin embargo, en el mismo París otro teatro que por sus circunstancias peculiares, aunque sin tantas pretensiones, divide justamente la atención de la sociedad escogida, y es el de la *Opera Italiana*, que accidentalmente se halla situado en el teatro del *Odeon* desde que hace pocos años pereció el suyo propio en un violento incendio. — El teatro actual está situado muy lejos del centro de París, y ni la disposición interior de su sala, ni el mérito de sus decoraciones, comparsas y aparato escénico, merecen el más mínimo elogio; pero para justificar la boga que disfruta y lo elevado de sus precios, baste decir que en él despliegan sus talentos los artistas *Rubini*, *Tamburini*, *Lablache*, la *Julieta Grisi* y la *Persiani*, que son consideradas, con razón ó sin ella, como las primeras notabilidades líricas de Europa. — Vinculados, por decirlo así, hace diez años en este teatro y en el Real de Londres, trabajan en París desde el día primero de Octubre hasta el último de Marzo: lo que está muy en armonía con las costumbres de la brillante sociedad que frecuenta aquel teatro, y que suele pasar en el campo los meses del estío; hasta que, á la proximidad del invierno, abandonan sus quintas y castillos, y corren á escuchar á sus transalpinos ruseñores. — Estos, por su parte, regresando de sus correrías á Londres y otras capitales, vienen, cargados de laureles, de guineas y florines, á recoger nuevas coronas en su sala privilegiada, en su sala coqueta, aristocrática y perfumada del *Odeon*. — En ella encuentran reunida la sociedad más brillante de Europa: la nobleza francesa, los diplomáticos y viajeros extranjeros, los artistas y entusiastas aficionados, que de regreso á sus hogares se en-



cargan de difundir por todas partes la fama de aquellos genios de la armonía.

Pero esta misma fanática adoracion (que tal puede llamarse) hace que aquellos artistas descuiden el aumentar su repertorio y presentar al público parisiense las muchas novedades de la lira italiana, pues seguros como están de sus sesenta, ochenta y cien mil francos anuales, y de ver todas las noches la casa llena de espectadores dispuestos á prodigarles sus bravos y laureles, repiten constantemente las piezas más conocidas, aunque buenas, del antiguo repertorio de Rossini y Bellini: la *Gazza Ladra*, *La Cenerentola*, *Il Barbiere*, *Moisés*, *Norma*, *I Puritani*, *Pirata*, etc., etc., y con dificultad ofrecen una más moderna en toda la temporada, como ha sucedido este año último, con sola excepcion de la *Lucrecia Borgia*, de *Donizetti*.—Pero todo se les tolera, y hasta el completo descuido del aparato escénico y aún lo muy subalterno de las partes secundarias, en gracia del eminente talento y facultades que despliegan los cinco artistas ya citados.

La *Ópera Cómica-francesa* es el tercer teatro lírico de París y ocupa un bellissimo edificio, construido modernamente sobre las ruinas del antiguo teatro italiano que se incendió. Por su situacion, en lo más céntrico del boulevard, por la elegante disposicion de su sala, y por cantarse en ella la ópera bufa y semi-séria francesa, con su música propia y nacional; sin mezcla de italianismo ó germanismo como en la Academia Real de Música, es uno de los espectáculos más frecuentados por el público propio parisiense; si bien el extranjero no halla en aquella música motivos de entusiasmo, ni tampoco en la medianía de los cantantes, entre los cuales figuraba en este año el bajo *Botelli*, que tuvimos hace años en Madrid, y una hija de la señora *Loreto García*.

El *Teatro Frances*, situado en uno de los ángulos del Palacio Real, es el primero de declamacion en aquella capital, y por el admirable conjunto de los talentos artísticos que en él se reunen, puede llamarse digno trono donde campean noblemente los ilustres genios de Molière, de Racine y de Corneille.—El que quiera ver hasta qué punto pueda llevarse la verdad escénica, la dignidad y la nobleza de la accion, la expresion sublime de las más profundas emociones del ánimo, la pureza de la dicción y demas circunstancias que constituyen el encanto del arte teatral, no tiene más que asistir en el *Teatro Frances*, de la calle de Richelieu, á cualquiera de las tragedias ó comedias de la escuela clásica, representadas por sus eminentes actores.

Descuella al frente de todos ellos la célebre trágica *Rachel Felix*, jóven artista que, por un dón particular del cielo, se ha colocado improvisamente á una altura superior sobre todos los actores contemporáneos, y es el más digno intérprete que acaso hayan tenido nunca las sublimes concepciones de Corneille y de Racine. No es fácil decir en cuál de sus cualidades artísticas consiste su mérito principal, porque todo en ella es armonioso y conveniente, todo noble y verdadero. Dignidad y magnífico aplomo en la posicion de la figura; decoro y majestad en la accion; ternura y sublimidad en la expresion de los afectos; excelente voz; pura y delicada dicción, y un cierto sabor antiguo y monumental que sabe prestar á todas las grandes figuras que traslada á la escena, Phedra, Camila, Hermione, Rojana y Esther, que producen en el espectador un sentimiento indefinible de sorpresa y de grata satisfaccion.—A igual elevacion, aunque en el género cómico-urbano de la alta comedia de Molière, se ha sostenido constantemente hasta el invierno último, en que acaba de retirarse de la escena, la célebre *Mlle. Mars*,



la tradición viva de los recuerdos de la buena escuela, que, á despecho de la edad, ha sabido sostener su inmensa reputación artística durante medio siglo. Molière y Beaumarchais han perdido en ella su mejor intérprete, y los apasionados á Celimena y á Susana renuncian ya al placer de verlas dignamente representadas.

Entre los actores del primer teatro frances alcanzan, en el género cómico, la mayor altura los señores *Monrose* y *Samson*, aquel, verdadero tipo del Fígaro de Beaumarchais y de los Scapin de Molière, y éste, entendido intérprete de los cuadros políticos de Scribe, de las difíciles creaciones de Bertran de Ranzaw y del lord Bolimbroke (1). En el género trágico, el más atrevido es *Ligier*, el cual, en *Los Hijos de Eduardo* y otras tragedias modernas, ha suplido en lo posible el inmenso vacío que Talma dejó. —En segunda línea aparecen los señores *Firmin*, *Beauvallet*, *Saint-Aulaire* y otros, y las señoras *Noblet*, *Menjaut*, *Plessí*, la hermosa reina Ana, y *Doze*, la bellísima Abigail en el *Vaso de agua*, admirable comedia de Scribe, que se estrenó en aquel teatro el invierno último.

La escuela apellidada *romántica*, que hace pocos años levantó su turbulento pendon con la pretension de hacer olvidar y aún silbar como imbéciles las admirables producciones de Racine y de Molière, y sustituirlas por los delirantes ensueños de una rica fantasía, no pudiendo hallar fácil entrada en el templo de las artes clásicas, en el teatro de la calle de *Richelieu* (que á duras penas se permitió una muestra en los mejores dramas de Victor Hugo y Dumas, *Hernani*, *Antony* y *Marion*), se dirigió con todo su aparato feudal de horca y cuchillo á uno de los teatros del *Boulevard*, el de la *puerta de San Martín*, donde pudo ampliamente desplegar todos sus gigantescos medios

---

(1) En *El Arte de conspirar*, y *El Vaso de agua*, de Scribe.

para electrizar y seducir á una generacion deseosa de grandes sensaciones, á un público entusiasta y amigo de la novedad.—El gran talento que sin injusticia no pudieran negarse á Hugo, á Dumas, á Soulié, y algun otro de los jefes de aquella escuela, unido al que desplegaban en la ejecucion los actores *Bocage* y *Lockroy*, las actrices *Georges*, *Dorval* y otros de este teatro, le hicieron contrabalancear y aún eclipsar por algunos años la gloria del primer teatro frances; en el dia, los autores románticos están ya muy léjos de *Lucrecia Borgia* y *Ricardo Darlington*, y el teatro de la puerta de San Martin ha vuelto á entrar en su órden inferior, si bien conservando el privilegio de los reales adulterios y de los mantos de púrpura arrojados en el lodazal.

Los otros teatros del Boulevard, llamado por esta razon *del crimen*, que reparten con el de la puerta de San Martin el abasto de las lágrimas frenéticas y de las crispaciones nerviosas, son el del *Ambigú* y el de la *Alegría*, y en ellos lucen sus sanguinolentas novelas dialogadas los Víctor Ducange, Buchardy, Ancelot y otros.—Allí está la originalidad de muchos de nuestros ingenios; de allí vienen en fantástica nube el *Jugador de los treinta años*, el *Campanero de San Pablo*, *Lázaro el pastor*, los *Perros de San Bernardo*, y otros infinitos héroes más ó ménos patibularios ó cuadrúpedos, que no contentos con extasiar y hacer llorar á todo trapo á las grisetas parisienses, aprenden un tantico de lengua castellana, bajo la direccion de cualquiera de nuestros *literatos*, y se introducen en las escenas de la calle de la Cruz ó del Príncipe, para edificacion de nuestro pueblo y encanto de nuestra sociedad.—*Federico Lemaitre* es en París el actor tipo de aquellos dramas, y uno de los más favoritos, si no el primero, entre todos los que trabajan en los teatros de París.



El *Vaudeville*, comedia de costumbres populares que á tal punto de perfeccion han llevado los ingenios franceses, y á su frente la célebre empresa literario-mercantil conocida por la razon de *Scribe y Compañía*, que lleva ya más de cuatrocientos dados á la escena, se reparte los teatros del *Gimnasio*, el *Vaudeville*, las *Variedades* y el *Palacio Real*, y en todos ellos es mucho lo que hay que admirar en el conjunto del desempeño por parte de los actores: *Bouffé*, *Lepeintre* y la señora *Brohan* en el *Gimnasio* se distinguen por la delicadeza y franca naturalidad de su expresion; *Odri* y *Vernet* son los héroes de la farsa y del bajo cómico en el teatro de las *Variedades*; *Arnal* es el tipo del *Vaudeville*, y la *Dejacet* la heroína de las picantes intrigas del *Palacio Real*.

En cuanto al género de estas composiciones, nada dirémos, por ser harto conocidas de nuestro público, y únicamente halla de extraño en ellas el extranjero la indiscreta mezcla de diálogos hablados y coplillas cantadas, lo cual, ademas de absurdo, es ridículo en boca de actores nada aptos para el canto.

Ademas de estos teatros hay otros muchos subalternos, sin género propio, y viviendo por lo regular de las piezas rehusadas por los demas: tales son los del *Panteon* y *Luxemburgo*, las *Locuras-Dramáticas*, el *Café espectáculo*, y otros.—Hay tambien dos teatros infantiles, el de *Mr. Comte* y el *Pequeño Gimnasio*, en donde son niños los actores, que demuestran lo que arriba dijimos, á saber: que todo frances nace cómico, y que allí es naturaleza lo que en otras partes producto del arte.—Por último, son varios los teatrillos de figuras y sombras, entre los cuales los más notables son los de madama *Saqui* y el de *Serafin*.

Pero otro espectáculo existe en París, que rivaliza en

ostentacion con los primeros de la capital, y excede casi á todos en popularidad; y este espectáculo es el *Circo Olímpico*, sobre cuya portada se lee el pomposo rótulo de *Teatro Nacional*.—Dedicado, en efecto, á presentar al pueblo escenas de magnífico aparato teatral y ecuestre, tomadas las más veces de su propia historia contemporánea, y sobre todo, de la más popular, que es la del emperador Napoleon; reuniendo á sus grandiosas proporciones la pompa de su decoracion, el numeroso cortejo y habilidad en hombres y caballos; y auxiliado por autores especiales, que conocen el lenguaje y las inclinaciones del pueblo y saben obligarlas, no es nada extraña la importancia que disfruta aquel espectáculo, y que hasta pretenda rivalizar con el gran teatro de la calle Lepelletier.

Con efecto, á los coros y danzas de la *Opera* opone el *Circo* sus batallas campales, sus ejércitos numerosos, sus asaltos de fortalezas, sus ciudades incendiadas, sus jinetes, caballos y cañones; el aparato de *Roberto el Diablo* y de los *Hugonotes*, en la ópera, tiene que ceder ante el que desplega el *Circo* en las mil escenas de *El hombre del siglo*, ó *El último voto del Emperador*; y añádase á esto que allí la historia es cierta, los actores ciertos tambien.—El *Circo* no es propiamente un teatro, es un campo de batalla; allí no se representa la comedia, allí se repite la historia; el actor que representa á Napoleon es el objeto del entusiasmo de toda la compañía; la guardia imperial es un ascenso en ella, y las filas de los austriacos, ingleses ó rusos, un castigo;—no hay que animar allí á los actores para correr al combate; por el contrario, hay que detenerlos para que no se maten de véras;—escogidos casi todos ellos entre las filas de los veteranos del ejército, se entusiasman con sus recuerdos. Cuando suena el cañon, cuando huelen la pólvora, cuando ven delante de sí uniformes blancos ó colorados y un público que



aplaude y les excita con los gritos de « ¡viva la Francia, viva el Emperador! », entónces no son ya actores, son verdaderos soldados, y el drama se ha convertido en historia.

En este último invierno ha ocupado al Circo la representacion exacta y gigantesca de la traslacion de las cenizas de Napoleon desde la isla de Santa Elena á los Inválidos de París (*Le dernier vœu de l'Empereur*), y era ciertamente original, ademas de lo grandioso del espectáculo, el ver figurar y hablar en él á varios de los personajes de la comision recién llegada de Santa Elena; de suerte que hubo noches que habia un general Bertrand entre los actores y otro entre los espectadores; un Gourgaud en un palco y otro en la escena; un Lascazas hablando y otro oyéndose hablar; y si no sacaron á la escena al mismo hijo del rey de los franceses, príncipe de Joinville, fué porque no asistió al acto de la exhumacion.

Otros muchos espectáculos reparten entre sí el resto de la concurrencia, especialmente en invierno, en que todos son pocos para el crecido número de aficionados.— Entre ellos sobresalen los conciertos públicos del Conservatorio y del salon del pianista Hertz, local suntuosísimo y elegante, capaz de ochocientas á mil personas de entrada, en donde se encuentra alternativamente á todas las notabilidades filarmónicas de París, y pudiera decir de Europa, pues de todas partes van allá á recibir lo que pudiéramos llamar la consagracion artística.— En este invierno se ha oido allí con entusiasmo, ademas de todos los cantantes de los teatros de la capital, á la señora *Paulina García*, hermana de la célebre Madama Malibran, y tambien han lucido sus talentos la señora *Grisi* más jóven, la *Marieta Albini*, tan célebre otro tiempo en Madrid; el señor *Puig*, tan justamente apreciado en nues-

tros salones particulares ; el famoso pianista *Listz*, los violinistas célebres *Vieuxtemps* y *Hauman*, el arpista *Labarre*, y otros nombres igualmente distinguidos en las artes.

Hay además, para recurso de los desocupados, y grato entretenimiento de las primeras horas de la noche, dos conciertos instrumentales, públicos y diarios, en los extensos salones de las calles de Vivienne y de San Honorato, donde por un franco de entrada se encuentra un bellissimo local, una concurrencia constante y generalmente fina, y una orquesta numerosa, que ejecuta con primor las bellas composiciones de Straus, Beethoven, Musard, Valentino, Jullien, Fessi y demas autores de moda.

Si á todos estos espectáculos añadimos la multitud de bailes públicos, serios y burlescos, enmascarados y *sin disfraz*, campestres y villanos, en mil establecimientos intra y extramuros, decorados con los nombres exóticos y pomposos de *Tívoli*, *Frascati*, *Vauxhall*, *Ranelahg*, *La Chaumière*, *L'Ille d'Amour*, *Italia*, *El Prado*, y *El Retiro*; las várias exposiciones ópticas, como el *diorama* del incendio de Moscou, el *navalaroma* de las campañas marítimas, el *cosmorama*, *georama*, etc.; los experimentos de física, microscopios solares, linternas mágicas, electricidad y magnetismo, somnambulismo y adivinacion; los ventrílocuos y prestidigitadores; los indios juglares é indianas bayaderas; los volatines intrépidos y autómatas cubileteros; los monstruos humanos, las figuras de cera, perros sapientes, pájaros obreros, pulgas maravillosas, serpientes danzarinas y tigres domesticados; los juegos de bochas, las riñas de gallos, los combates de fieras y carreras de caballos, y otros mil ingeniosos espectáculos, que á cada hora, á cada paso, se reproducen sin cesar, habrá de convenirse en que aquel pueblo es un verdadero laberinto de la imaginacion, un embrollo de los sentidos.

---





---

---

## XIV.

### EL EXTRANJERO EN PARIS.

En los anteriores capítulos he seguido, aunque ligeramente, al extranjero en sus excursiones parisienses, é indicándole aquellos objetos que naturalmente deben fijar su atención y su estudio. Procuraré en el presente acompañarle en el círculo de su vida privada, presentando la relación del individuo con el caos de confusión que ofrece tan inmenso pueblo, y algunas observaciones sobre el modo de vivir de sus habitantes.

Todas las comodidades que exige el bienestar material le son ofrecidas, como ya queda demostrado, al forastero que, llegando á París con buena voluntad y recursos pecuniarios, quiera aprovechar su tiempo y tomar parte en el sinnúmero de goces con que le brinda el interés ajeno.— Tiene para su mansion centenares, miles de casas de aposento, donde es recibido con decoro y áun magnificencia, según sus facultades, pudiendo situarse convenientemente y en los mejores barrios de la capital, mediante una justa retribución, desde la modesta suma de un franco diario hasta la de veinte, veinte y cinco y más.— Suponiendo que el forastero no sea un pobre estudiante de los que



eligen la primera de aquellas moradas, en las calles de Santiago ó de la Harpe, ni tampoco un lord inglés ó un grande de España de los que asisten frecuentemente en el *Hotel Meurice* ó en el de *Castilla*, puede asegurarse que por sesenta á ochenta francos al mes hallará una cómoda y linda habitacion en cualquiera de los *hotels* de las calles de Richelieu, San Honorato, el Boulevard, etc., y en él se verá asistido con todo el esmero que puede desear.

Lo regular es que el forastero pague aparte en el mismo hotel su desayuno, y que salga á comer en cualquiera de los numerosos *restauradores* (fondas) que existen en todas las calles de París.

Estos restauradores, llamados así por la singular ocurrencia del primero de ellos, que puso por enseña el texto sagrado «*Venite ad me omnes qui stomacho laboratis, et ego restaurabo vos*», son una de las especialidades de París, por su magnífica decoracion, su elegante servicio y lo exquisito de su mesa; y á ellos acude constantemente, no sólo la inmensa falange de forasteros, sino tambien gran parte de la poblacion parisiense, en especial los celibatos y gente jóven; siendo por manera interesante el espectáculo que presentan desde las cinco á las siete de la tarde, en que se verifica la comida; iluminados lujosamente, llenas todas sus mesas de concurrentes, agitados por las idas y venidas de multitud de criados apuestos y serviciales, y regentados por elegantes damas, que los presiden desde un rico bufete.—Es preciso convenir tambien en que, si hay pueblos privilegiados por su situacion local, en los cuales pueden gustarse los manjares más exquisitos que ofrece la naturaleza, ninguno, sin embargo, puede competir con París en el arte singular con que allí se sabe prepararlos, de suerte que es preciso un mal estado de salud, ó una costumbre inveterada de sobriedad, para no